

CRUZ DE MAYO, TITULO DEL ARTICULO PUBLICADO EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, EL DIA 8 DE MAYO DE 1889, DEL QUE FUE AUTOR, EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT.

Octubre 2019

Ramón Freire Gálvez.

La celebración de la Cruz de Mayo data en España y

concretamente en Andalucía

de tiempos inmemoriales.

Aquí en Écija, en el año de

1601, la antigua hermandad

del Resucitado mencionaba

en sus reglas tal

celebración, y a raíz de ello

la actual hermandad, con el

mismo nombre, el año de

1982, recuperó dicha

tradición.



Es a partir de entonces, cuando muchos niños, ayudados por sus padres, desde que finaliza la Semana Santa hasta el día previsto para el desfile de los pequeños pasos con la cruz en el centro de ellos, ensayan como costaleros y capataces, al tiempo que preparan sus pasos para dicho desfile.

Es encomiable la labor de dicha hermandad del Resucitado astigitano, destacando la labor que hicieron los dirigentes en su Junta de Gobierno en el año de 1982, cuando, como decía antes, fue el año en que se recuperó la celebración de dicha festividad, pasando a ser una actividad más de la propia hermandad.



Es un día de fiesta que se celebra en el domingo más cercano al día 3 de Mayo (de no caer este en domingo); fiesta, a la que

acude todo el pueblo de Écija, pues bien es sabido que cuando intervienen los niños, padres, abuelos y demás familiares, salen a la calle a presenciar a la pequeña o pequeño de su familia, ya sea como costalero, capataz y hasta de huchero (que también los lleva), en un desfile multicolor (le hablo por experiencia propia con mis hijos) que, como fondo, tiene en lo alto de sus pasos, la Cruz donde Cristo murió por todos nosotros.

Incluso hasta hace poco, hubo durante tres o cuatro años, en el patio de la Parroquia de Santiago, organizado por el párroco de la misma en aquellos tiempos, por el que fuera arcipreste de Écija, D. Luis Rebolo, la *Exaltación a la Cruz de Mayo*, teniendo quien escribe el honor de realizar la primera de ellas, el día 3 de Mayo de 2008 en el patio de dicha parroquia.



Pues bien, recuperando como estoy haciendo, de los artículos que el ecijano Benito Mas y Prat nos dejó para la posteridad, es precisamente el titulado **Cruz de Mayo** el que voy a reproducir, que fue publicado en **8 de Mayo de 1889** en la revista ***La Ilustración Española y Americana***, y que tenía el siguiente contenido:

CRUZ DE MAYO

I.

Las cruces son en el mes de Mayo objeto de muy especial culto en Andalucía. Desde el día 3, en que se solemniza la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, que instituyó Santa Elena, no hay casa donde no se eleve un pequeño altarillo cubierto de hojarasca y hierbas aromáticas, con lamparilla y vasos de colores, anagramas de María formados de cañas salpicadas de rosas y candelерías de estaños y cristal adornadas de vistosas arandelas.

Ante esos altarillos, de los que cuidan generalmente, como acólitos, los pequeñuelos de la casa, se reúne la familia al toque de oración, con objeto de alzar sus preces a la Reina de los Ángeles, haciendo lo que se llama *el mes de María*. En algunas partes, un coro de niñas, acompañado por un armónium o un piano, amenizan las veladas cantando las flores a María; en otras sigue a las oraciones el canto y el baile ante el altar, como se verifica generalmente en la cruz del barrio o en la casa de vecindad durante los domingos del mes de Mayo.

De la fiesta del hogar a la de la plaza pública hay notable diferencia. En la primera se halla el carácter de culto primitivo de los penares; las oraciones son íntimas, se permite pocas veces que los extraños tomen parte en estas expansiones de familia, y como no se hacen a puerta abierta no se dan escándalos ni surgen conflictos como en las cruces de la plazuela o de la calle.



En estas se suelen librar terribles batallas cuando abunda el vecino y es del que se sube a la cabeza. Los mozos del pueblo engrosan por intervalos el círculo que se forma en torno a la cruz, y hacen correr los vasos llenos o la bota henchida entre toda aquella comunidad ávida de bulla y de jaleo. Como corre el vino corre la palabra, y convertida alguna vez en chispa eléctrica, toca en el corazón o en el cerebro de los bebedores.

El aspecto de estas cruces callejeras merece ser conocido. La misma emoción que reina entre las hermandades andaluzas en las procesiones de Sevilla, se ofrece entre los habitantes de los distintos barrios de las ciudades y aldeas, en los que se refiere al adorno de estos santuarios al aire libre. Hay barrios en los que se convierte la plazuela donde se alza la cruz en un verdadero jardín artificial, atravesando de ventana a ventana guirnaldas de flores y colocando a trechos palos o mayos vestidos de hojarasca, que se asemejan a las arcadas de una catedral de verdura; en otras se escoge el ángulo de la calle más ancha para elevar el altarillo sobre anchos

maderos, que se cubren con las colchas de las camas de los vecinos acomodados, o con las sábanas llenas de randas y encajes de los recién casados y de las novias; no hay que decir a estos que su cruz es peor que aquella; ni a unos que su fiesta es menos alegre y rumbosa que la de los otros, porque entonces hay *bronca segura*, como dicen en su expresivo lenguaje.

Memoria de estas fiestas de Mayo guardan casi todas las ciudades andaluzas, consignadas en las nomenclaturas antiguas de las calles. Las de la Cruz Verde, las Tres Cruces, la Cruz Blanca, la Cruz del Altillo, y otras muchas que se conservan aún en los callejeros modernos, no nos dejarán mentir.

Hay para ver una de estas cruces es preciso ir a las pequeñas localidades, en las que aún pueden encontrarse con líneas primitivas hornacinas abiertas en los muros, y cruces pintadas, que se destacaban bajo maderas en forma de retablo. Durante todo el año, estas cruces permanecen escuetas y los chicos suelen romper a pedradas las lamparillas; pero al llegar el mes de Mayo, la cruz comienza reverdecer, como reverdece el tronco seco del árbol deshojado por las rachas de Octubre, y el olor de la juncia y de las hierbas aromáticas parece llamar hacia ella los sentidos y pregonar a los cuatro vientos el reinado de Mayo.

II.

Un domingo del mes a que me refiero, pasé yo por el pequeño pueblo de Viso del Alcor, en la línea de Alcalá a Carmona, a tiempo de celebrarse las fiestas de la Cruz.

Este pueblecito, situado cerca de un pintoresco alcor, como indica su nombre, más que pueblo parece una agrupación de pequeñas casitas de constructomanía, adosadas unas a otras; las

flores cubren los collados, rodeándolo de un cingulo de hojarasca de vivos matices, como los pintados del Japón, y el cielo que se asoma por los suaves alcores es el cielo azul y riente de Andalucía.



Cerca de la iglesia, en una explanada ancha y despejada, con los muros blanqueados con cal de Morón y las ventanas adornadas con sencillas persianas verdes, se alzaba un bonito altarillo al aire libre. La cruz, que ocupaba una ancha hornacina, tenía cerca de vara y media de alto, estaba pintada de verde y tenía una particularidad característica que llamó profundamente mi atención; de sus extendidos y abiertos brazos tenía pendiente, a la manera de esos pasos que

cubren las de los Descendimientos de nuestras cofradías, un riquísimo mantón de Manila rojo, con grandes y hermosos flecos y soberbios dibujos de colores.

Marías de cañas llanas de rosas, olorosas manzanillas y romero obscuro y perfumado, visillos de cristal y de arcilla, y jarra de barro rebosando claveles, completaban el atavío de la cruz, en torno de la cual se escalonaba todo el pueblo. El vino corría en estrechas cañas de cristal por las filas de sillas de pino escalonadas en torno del altarillo, y en medio del ancho corro, dos parejas ataviadas con el traje característico de la tierra bailaban un alegre fandango, que acompañaban los trinos de una guitarra, punteada discretamente por un tocador, y las coplas de una joven *cantaora*, que tenía en sus ojos el sol del África y en sus mejillas los arreboles de Andalucía.

Aquel detalle del pañolón pendiente de la cruz verde no dejaba de cosquillear mi curiosidad, y quise saber que capricho o qué tradición lo había sancionado. En cuantas cruces había visto en Andalucía, no hallé nunca tan extraña profanación; las sedas y los bordados de aquella prenda sensual se compadecían mal con los trazos severos de un instrumento de muerte, en el cual se habían reclinado las carnes atarazadas del Cristo; sus flecos, que pendían siempre de la cadera suave y voluptuosa de la mujer, estaban mal

en los brazos rígidos y escuetos de la enseña del cristiano; las rosas y los pajarracos de mil colores parecían querer escaparse de las maderas cruzadas y volar como otras veces sobre el seno de la hermosa a quien perteneciera aquella prenda.

Sentándome a la sombra de uno de los muchos mayos o palos adornados de matorros y flores que se alzaban en uno de los lados del lugar de la fiesta, en compañía del sacristán del pueblo y de dos labradores ya entrados en años que apuraban tranquilamente una botella de pálida y aromática manzanilla, fui obsequiado por ellos y pude afrontar la conversación con holgura. Al que me pareció más formal y sesudo, le pregunté si tenía alguna significación aquel adorno profano que en la cruz se percibía.

¿A qué se refiere usted, al mantón que cuelga de la cruz?

Si, amigo mío, le contesté; me parece un poco profano ese adorno que despierta más a los sentidos que a la conciencia.

Tiene usted razón, señor, me dijo el buen hombre, mirándome de alto abajo, como si le picara la curiosidad mi ademán, un sí es no punzante y severo; pero ¿Qué quiere que le hagamos? Niñerías del pueblo. Ustedes hacen allá las cosas más serias, pero aquí no hay túnicas bordadas de oro, ni mantos de terciopelos y somos todavía cándidos y pirujosos como chicuelos.

Perdóneme si he podido herir susceptibilidades de localidad, amigo mío, le contesté, todo lo apacible que me fue posible. No ha sido mi ánimo de burlas, ni hallo ridículo el adorno, lo que le encuentro es extraño.

Pues óigame usted un momento y le explicaré la razón de él, contestó el buen hombre, llenando un bolo que me ofreció con una cortesana impropia de un palurdo que usaba chaqueta de pieles y pantalones de pana de Gibraltar.



El pañuelo ese, díjome el tío Paco, que se renueva todos los años con el que usa la niña más hermosa del pueblo, trae una historia larga y triste, que voy a referirle punto por coma.

Había en el Viso del Alcor, hace algunos años, una moza llamada María de la Cruz, huérfana de padre y madre, y a la que, por su hermosura y su gracia, conocía el pueblo con el mal nombre de Cruz de Mayo, porque María de la Cruz no merecía que se le conociera con este dictado tan dulce, asegurando muchos de los que la conocían de cerca que tras de aquella hermosa cruz estaba siempre el diablo.

¡Pero que diablo más bonito, señor! Yo, que la conocía en mis primeros tiempos, puedo decirles que no tenía gemela en todo el ruedo de los alcores. Sus ojos eran ganchos de fuego que robaban los corazones; sus labios, cascotes de granada a medio abrir; sus orejas, hojas de rosas grandes puestas a la sombra de las alas de un cuervo; su cabello, el cuervo mismo, por su brillante color de endrina con reflejos casi azulados.

Mucho elogiáis a Cruz de Mayo, dije yo interrumpiendo aquellas lucubraciones, que en el lenguaje andaluz resultaban reminiscencias del Cantar de los Cantares.

Pues me quedo corto señor mío, me dijo el discreto labrador, sin turbarse por mis interrupciones, porque aún no hemos pasado del busto.

Cruz de Mayo, no solo tenía todas las gracias que le he relatado, sino que era además tan bien hecha, que parecía una sultana de esas que pintan el romance de *La Lámpara Maravillosa*; cuando los mozos la veían pasar ataviada de fiesta por la calle mayor del pueblo, se iban detrás de ella como se va el borrego tras el pan con sal y el cabritillo tras la retama; yo no sé decirle a usted más perfiles, pero era lo que nosotros llamamos una moza completa.

Mi interlocutor volvió a mirarme, comprendiendo que me iba interesado el relato y recogiendo su pensamiento, siguió así la historia de Cruz de Mayo:

En todas partes cuecen habas, y en el Viso del Alcor también tiene cada cual su alma en su armario; claro es que no habían de faltar mozos que al ver tal pedazo de cielo no quisieran llevárselo a la boca. ¡Y vaya si los hubo! Dos labradores ricos, y netos como dos onzas de oro, le hicieron la corte, como dicen ustedes y se propusieron batallar por sus pedazos hasta ver quién la llevaba a la iglesia.



Este par de mozos de reajo y de salud, que vestían los domingos fajas de seda, chaquetas jerezanas y sombreros de queso, sin que se olvidara la caña larga de Indias y la cadena de oro de muchos adarnes, buscábanla en las juergas y en las cruces, perseguíanla en las romerías y en las estaciones del pueblo, y hacía mucho tiempo que esperaban en vano que Cruz de Mayo los recibiese en sus brazos, extendidos, al parecer, para todos como la cruz del lugar, si había de juzgarse por sus miradas provocadoras y expresivas.

Porque, eso sí, María de la Cruz se gozaba en volver tarumba a todos los mozos del pueblo. Solo se hallaba a gusto cuando zumbaban a su oído como un enjambre de avispa que cercan un panal de miel; reía con uno, guiñaba a otro, alargaba la mano a aquel, dirigía una copla a este, tomaba del de más allá la caña llena de vino, y al coger las aceitunas, dejaba posar las yemas de sus dedos en las del vecino más lejano.

Los dos amantes a que me he referido se llamaban Juan y Diego; eran hermanos de leche y vivían con una viuda, dueña de un cortijo, en el que ambos tenían sus sembrados. Hasta la fecha, el pueblo los citaba como modelo de buenos hermanos; cuando a la viuda se le preguntaba por ellos, la *señá* Mónica decía satisfecha: "¡Han *mamao* la misma leche y me parece que han estao en el mismo seno!"

Sin embargo, desde que frecuentaban el trato de María de la Cruz y parecían hacerla guiños, había entre los dos jóvenes ciertas reservas; cuando el uno estaba al lado de nuestra moza, el otro huía frunciendo el entrecejo; y ellos que tenían la costumbre antigua de salir a las faenas del cortijo a la misma hora y por las mismas veredas, hacia algunas semanas que se apartaban al apuntar el alba, yéndose el uno por la servidumbre y el otro por la trocha.

María de la Cruz o Cruz de Mayo, aceptaba los galanteos de ambos, y no pudo decirse a cuál de ellos prefiriese; claro es, los dos eran jóvenes, los dos eran ricos, los dos mozos; hubiese sido difícil escoger entre Juan y Diego.

Una noche, según se cuenta, noche hermosa de Enero con luna clara, se encontraron ambos cerca der la reja de María de la Cruz, y reconociéndose a la luz del astro, se dieron las buenas noches, embozándose en sus capas y saliendo cada cual por un lado opuesto de la calle. Desde entonces databa la enemiga de los dos hermanos de leche; Juan y Diego separaron sus labores y viviendas y se trataron fríamente.

Cuando preguntaban a Cruz de Mayo por Juan o por Diego, la niña dejaba ver sus dos filas de blancos dientes y exclamaba:

¿Juan o Diego...? No me he decidido todavía.

Un día de la Cruz se regocijaba el pueblo, como hoy, en esta plazuela. María se hallaba en su puerta hablando con Juan que vestido de fiesta y hecho lo que se llama un majo lujoso y de gracia, parecía haber alcanzado el favor de la niña traviese y caprichosa. Cuando más enfrascados estaban en su conversación amorosa, Diego, compuesto también como si anhelara estar de novio, apareció dando la vuelta por la próxima callejuela. Se hermano no lo vio, porque estaba de espaldas al punto por donde venía; pero notando que Cruz de Mayo se ponía pálida como la cera, adivinó que algo extraño pasaba, y, al volver la cabeza vio al compuesto Diego que adelantaba hacía ellos echando brasas por los ojos y frunciendo las cejas.

Es Diego y viene con malas intenciones, dijo Juan a Cruz de Mayo, echando mano a su faja bordada con movimiento compulsivo e inconsciente.

¡Por Dios, Juan...! Gritó la niña, queriendo en vano que disimulara aquel agresivo movimiento.



Pero ya era tarde, Diego se había apercebido de la intención de su hermano y llevose también la mano a la faja; dos navajas de afilada punta y mango de negra asta brillaron al mismo tiempo en las diestras de aquellos dos guapos.

No se cruzó ni una palabra; parecía que el crujido espeluznante de aquellas armas traidoras lo habían dicho todo; en una mano el marsellés, que llevaba según moda, colgado al hombro, y en la otra las afiladas puntas, se acometieron tigres celosos en el mismo dintel de la casa de su ídolo y hallándose ella a pocos pasos de sus amadores.

Que es lo que pasó en el alma de aquella mujer, no ha podido saberse; el caso fue que en el breve intervalo que dieron los furiosos saltos y acometidas que con las navajas se hicieron, la duda y el terror se plantaron en su semblante, y se lanzó, ya al uno ya al otro mozo, como si quisiera salvarlos simultáneamente.

De pronto se separó de ambos algunos pasos, y todo en un momento, en menos tiempo del que es necesario para decirlo, se quitó su magnífico mantón de Manila, dejando al descubierto sus formas correctas y abultadas, y dirigiéndose a Juan, se lo arrojó al rostro con tal fortuna, que le tapó los ojos y le imposibilitó con los flecos de seda el brazo derecho.

Sin defensa el joven, bajo aquella red suave, pero fuerte y embarazosa, dio un terrible rugido que repercutió en las casas cercanas, y cayó, partido el corazón por la navaja de su hermano. Había terminado el horrible duelo, gracias a la intervención de Cruz

de Mayo. En la arena de la plaza estaba el cadáver palpitante de Juan cubierto aún con el rico sudario blanco, a cuyas flores bordadas había dado rojo más vivo los borbotones de sangre que salían del corazón del muerto...

¿Y ella?, pregunté yo a mi interlocutor ávido de conocer el final de aquel drama terrible.

¡Ella! Recibió el premio de su bárbara acción con otra puñalada en la garganta, antes de que pudiesen favorecerla los vecinos que acudieron presurosos al ver aquel cuadro de sangre y lágrimas; Diego, en un raptó de rabia y desesperación, tomó así venganza de aquella mujer inconstante y perversa, degollándola de un solo navajazo.

Desde entonces, continuó el labriego, el vecindario recordando que en esta plazuela se había presenciado tan horrible catástrofe, mandaron como promesa, y en desagravio de las culpas de esos infelices, adornar con un mantón de Manila rojo los brazos de la cruz situada en el mismo lugar que cayeron Juan y Cruz de Mayo. También en medio de esa plaza se levantó el patíbulo en que Diego expió su crimen; hoy sólo queda de ellos un triste y lejano recuerdo. BENITO MAS Y PRAT."



Maravilloso el relato que, paso a paso, nos dejó el ecijano Mas y Prat sobre la Cruz de Mayo, que se celebra en toda en Andalucía y que, para dar la explicación del por qué, la que vio en El Viso del Alcor tenía un mantón de manila, como el sudario de la Cruz donde murió Cristo, nos relata lo que a él, un vecino del lugar, le comentó al respecto.

Solo espero que, como yo, lo disfruten y como siempre lo compartan.